

Sobre las diferentes lecturas que los resultados electorales del pasado noviembre sugieren y permiten, *El zorro de abajo* conversó con Carlos Franco, miembro del CEDEP, Alberto Flores Galindo, profesor de la U.

Católica e integrante del nuevo Instituto "Socialismo, utopía y revolución" (SUR), y Sinesio López, profesor de la Católica y San Marcos y miembro de otro nuevo centro, el Instituto de Estudios Políticos "Socialismo y democracia".

CONVERSACION A PUERTA CERRADA



EZA. Comencemos por un balance de las elecciones y su significado.

Carlos Franco.— Yo juzgo las elecciones en función de lo que es un propósito personal deliberado, que es el de contribuir a que se produzca alguna forma de entendimiento entre el APRA y la izquierda. En ese contexto es evidente que el significado fundamental del resultado electoral es la renovación de una voluntad de cambio de la población, que implica un conjunto de obligaciones para las fuerzas que han recibido el endoso popular.

Por tercera o cuarta vez en los últimos años, 75% de la población electoral se pronuncia a favor del APRA y de la izquierda, ese es para mí el significado básico.

El segundo es que quienes resultan favorecidos con este resultado electoral son las fuerzas o tendencias que al interior de la izquierda o el APRA, se interesan por encontrar alguna forma de intercambio, de diálogo entre ellas que favorezca el desarrollo de las reformas que la sociedad peruana exige hoy.

Los resultados indican también

que, en la base popular del APRA y de la izquierda hay una identificación mayor con los conductores de ambos movimientos, que con las fuerzas partidarias que ellos representan. Esto me habla a mí de una suerte de desfase entre la orientación de las burocracias partidarias y lo que es la voluntad del común de las gentes. Soy de la impresión que son las distintas, pero en perspectiva complementarias, formas de hacer política de Alan García y de Alfonso Barrantes las que salen fortalecidas de esta contienda.

Alberto Flores Galindo.— Coincidiría con Carlos Franco en que las elecciones implican un voto a favor del cambio. Lo que no me parece tan claro es ¿qué cambio?

Si nos limitamos a Lima, desde la prédica electoral de los dos candidatos que aparentemente encarnaban el cambio, este no parece tan claro. Sus respectivos programas no aparecen suficientemente diferenciados. Un lector de periódicos, un televidente, podría pensar que para el APRA el cambio era el tren eléctrico y para la IU era proseguir

con esta peculiar combinación entre asfalto y vaso de leche.

Lo que a continuación uno puede preguntarse, es si la trayectoria histórica del APRA podría resumirse en la imagen casi felinesca del tren eléctrico como solución de todos los problemas. Y si para la joven y reciente militancia política de izquierda, una predominancia de programas asistencialistas en la gestión municipal, satisface sus esperanzas y sus reivindicaciones. Tengo la impresión que ni para unos ni otros es así.

De otro lado, me parece que las elecciones han acarreado un cambio importante en la coyuntura política. Un esquema que parecía organizado alrededor de dos grandes fuerzas con una relativa división del trabajo (IU en los municipios y el APRA en el Ejecutivo: con reuniones, intercambios frecuentes de elogios y prácticas palaciegas a uno y otro lado de la Plaza de Armas), ha entrado en crisis, por acción de uno de sus componentes, que ha buscado sustituirlo por el modelo de partido único. Aquí creo que ha juga-

do un rol decisivo la figura de Alan García. La política oficial de Izquierda Unida, de convivencia implícita con el APRA, ha quedado sin juego.

Las elecciones han robustecido la tendencia caudillista, mesiánica y autoritaria de Alan García; pero en esto no creo que solo haya la imposición de un modelo desde arriba, sino el hecho de que una población como la peruana, en un momento de crisis y de desesperanza colectiva, reclama una figura para recobrar el centro perdido de la sociedad. Creen ver, como antes en Piérola o Castilla, en Gamarra o en Santa Cruz, en el caudillo, la solución a un país que aparentemente no tiene salida.

Sinesio López.— Los resultados electorales muestran un esquema muy complejo. La crisis económica y la violencia han sido los problemas que han dinamizado el conflicto político y que han producido determinadas formas de alineamiento de fuerzas.

En torno a la crisis económica creo que hay una coincidencia por el cambio entre el APRA y la IU, tema central de deslinde con una derecha inmovilista que quiere frenar la posibilidad de un cambio y busca rearticular una relación de entrega con el FMI y con el imperia- lismo en general.

En torno a la violencia y el autoritarismo se marcan otro tipo de linderos, porque a lo largo de la coyuntura política y en los tramos finales de la coyuntura electoral, hubo tensión entre la demanda democrática y una cierta tradición estatista en el país. A la larga terminó imponiéndose esta tradición estatista expresada en el tema "todos juntos": gobierno, pueblo y municipio. Se impone la monopolización del poder, frente a una demanda democrática.

Allí hay una cierta intersección liberal (en el mejor sentido del término) entre la derecha y la izquierda: el pluralismo, la necesidad de alternancia en el poder, la necesidad de interlocutores múltiples, etc.

Otro punto: no comparto el punto de vista de Carlos Franco, de que se afianzan los líderes de las dos fuerzas más importantes. Mi impresión es más bien que se debilitan y quiero tratar de demostrarlo estadísticamente. Primero quiero señalar que el caudillo carismático es una necesidad histórica, para decirlo en términos positivos. En términos negativos habría que decir que es un mal necesario. Hay ciertas masas que necesitan un carisma pa-

ra representarse políticamente, en tensión con ciertos desarrollos orgánicos, colectivos, programáticos. Yo noto más bien que en las últimas elecciones esta fuerza caudillista se debilita. La cuota que pone Alan García al triunfo aprista es hoy objetivamente menor que en 1985. Esta cuota ha disminuido de 51% a 42% a nivel nacional. En Lima hay una disminución de entre 10 y 15%.

Se ha llegado a un límite en la relación entre propuestas programáticas y caudillos carismáticos. En el caso del APRA hay un cierto encimamiento del aparato sobre Alan a partir del 19 de Junio (masacre de los penales), una exigencia mayor de presencia del aparato. Se me puede decir que eso no es programático, es probable que sea así, porque lo programático viene de Alan, ya no viene de un aparato casi anquilosado. Siento ahí una tensión y un conflicto muy fuerte entre lo que es Alan, caudillo carismático con aliento programático y lo que es el aparato aprista.

En el caso de IU, esa tensión es muy clara y difícil de resolver. Alfonso Barrantes efectivamente sube de 25 a 30% en Lima y pone una cuota significativa. El voto programático por IU no pasará del 15%. En 1980 creo que se aproximó a esa cifra, que es más o menos el voto de la izquierda organizada. No se puede, pues, menospreciar la capacidad de arrastre que tiene el caudillo. Pero la tensión se ha visto muy clara en estas elecciones. Barrantes decidiendo él solo una estrategia y una campaña casi a contrapelo de lo que decía el Comité Directivo. Además, Alfonso siempre es muy reticente con el grupo intelectual que trabaja el programa. Entonces hay dificultad para que Barrantes como caudillo carismático recoja ciertas propuestas programáticas de los partidos de IU o de los grupos intelectuales que trabajan cerca a IU.

Finalmente, creo que la relación Barrantes-García ha sido muy golpeada. Allí discrepo de Carlos Franco por lo siguiente. Ese esquema supone una relación de manejo de poderes concretos, manejo del municipio y manejo de la presidencia. Si uno de estos caudillos deja de tener manejo de poder concreto, esa relación ya no se puede mantener.

Hay necesidad de una relación entre el APRA y la izquierda por el cambio, pero no creo que la única forma de esa relación sea la que Barrantes estableció con Alan. Es

necesario redefinir una nueva relación donde no solamente se procese el consenso, sino que es necesario que se plantee también en forma muy franca los términos del conflicto.

A. Flores G.: Bueno, creo que estos ensayos de sociología electoral, a través de las estadísticas, tienen aparentemente la confianza que otorgan los números, pero me parece que son muchas veces engañosas, porque a partir de los números se trata de explicar las motivaciones de los votantes, que son muchas veces inescrutables y no siempre son tan fáciles de elucidar. No es tan fácil decir a partir de las mismas cifras, qué porcentaje es atribuible a los partidos, qué porcentaje podría ser atribuible a los mismos alcaldes distritales, qué porcentaje a los líderes nacionales.

Sinesio López dice que en el Perú los caudillos son un mal necesario. A mí me parece que algo que debe distinguir la política de izquierda de la tradicional, es que no sólo debe partir de lo que existe, sino que también debe tomar en cuenta lo que debe ser. Hacer política desde la izquierda no es sólo amoldarse a las circunstancias, sino también crear situaciones nuevas y buscar cambiar las cosas. El caudillismo, tan robusto de Alan y tan débil —en medio de todo— de Barrantes, tiene una sólida tradición en la política peruana. Pero la izquierda no necesariamente tiene por qué repetir este esquema y este modelo.

El desafío en el Perú es tratar de ensayar un modelo distinto, entre otras razones porque el caudillismo es absolutamente contrapuesto con la democracia y con las más viejas tradiciones del socialismo. La izquierda debería de diseñar un modelo político alternativo. Tenemos un caudillo de bolsillo que es Barrantes, frente a Alan García. Lo que tenemos que hacer es tratar de imaginar una forma más orgánica, colectiva, y que por cierto garantizará mejor un proyecto socialista y democrático que el caudillismo. Si se habla tanto de retomar el pensamiento de Mariátegui, creo que eso significa justamente pensar en la posibilidad de crear un mito colectivo frente a la idea de un mesías; pensar en la posibilidad de un proyecto de masas, frente a un proyecto individual.

EZA.— Sería bueno volver sobre algunos temas. Uno primero es el planteado por Sinesio sobre el golpe que ha recibido la relación privilegiada García-Barrantes y si esto implica la invalidación de todo tipo



de relación entre la IU y el APRA o sólo la invalidación de una forma de establecer esa relación. Un segundo problema es el planteado por Tito en relación al robustecimiento de la tendencia caudillista de Alan García.

C. Franco.— Entiendo que es absolutamente legítimo preocuparse por la relación García-Barrantes. Pero quien deliberadamente se sitúa más allá de los líderes de ambas agrupaciones, más allá de la izquierda y del APRA, creará que lo más importante y decisivo del proceso que hemos vivido es que sus resultados reiteran una voluntad de cambio. Frente a este resultado, a mí me parece marginal e incluso cuestionable la disputa de las dirigencias del APRA y de la izquierda en torno a los resultados en Lima o la existencia o no de un fraude electoral. Yo creo que esa forma de enfrentar el problema comprueba que los resultados están siendo vistos desde los intereses, legítimos pero según mi forma de ver, estrechos, de la militancia partidaria.

En un país como el Perú, que en tres o cuatro actos electorales un 75% de la población muestra inclinación por el cambio, pero además a través de formas democráticas, exige de parte tanto de los liderazgos políticos como de las maquinarias que trabajan con ellos, explorar las posibilidades de alguna forma de representación de esta primera y segunda mayoría en la discusión de problemas nacionales y en la defini-

ción de políticas que impulsen la transformación, contando con la participación de la población.

En ese sentido creo que si yo fuera miembro de IU podría dirigirme no al gobierno, no a Alan García, sino al conjunto del país para decirle: por tercera vez, las fuerzas que nosotros representamos obtenemos más de un tercio de la voluntad electoral. Las gentes que votan por nosotros quieren tener participación en los mecanismos de decisión. Por tanto, reclamamos y exigimos del gobierno un sitio, un lugar, un espacio, para la fuerza que nosotros representamos.

EZA. ¿Y lo de la relación Barrantes-García?

C. Franco.— Lo que la gente común observa en Alan y Alfonso Barrantes es que ambos tienen una forma de relación que simbólicamente podría expresar lo que es un deseo popular de entendimiento entre las fuerzas que ambos comandan. En ese sentido yo objetaría esa idea según la cual uno de los significados de esta votación es la crítica a la forma de interacción que ellos han asumido. ¿Por qué? Porque a diferencia de grupos que funcionan y son importantes dentro del APRA e IU, ambos dirigentes son los que expresan esta necesidad de convergencia. Ahora, si esta relación aparece instalada en las cúpulas, no creo que sea consecuencia exclusiva de un intento de ambos de entenderse por encima de lo que son las fuerzas políticas del país. Sino

que tiene que ver con que dentro del APRA y de IU hay tendencias que más bien empujan hacia enfrentamientos, hacia una suerte de activación del anti-aprismo y del anti-comunismo.

Ahora bien, del mismo modo, yo me digo, si se ha debilitado el APRA o se ha debilitado la izquierda, no lo sé sinceramente. Pero si el APRA obtiene un 45% nacional y en Lima probablemente no obtenga más allá de un 35%, eso quiere decir que en el interior el APRA obtuvo 50% o más de votos. Y es curioso porque esto quiere decir que ahí donde Alan se empuñó más, porque hizo un conjunto de giras al interior, ahí el porcentaje de votación resulta magnificado. En cambio aquí en Lima donde tardíamente opta por una presentación, la votación no es lo suficientemente fuerte.

Una última información indica que luego de los resultados electorales una encuesta vuelve a decir que Alan está por encima del 60% en la aprobación de su gobierno. A mí, lo que más bien me dice esto es que hay una posibilidad de discriminación de la gente entre lo que es Alan García ejerciendo o gestionando su gobierno y su capacidad de endose para un acto concreto de colocar el voto.

Ahora, Alfonso ha seguido manteniendo su votación. Pero es ese Alfonso Barrantes al cual se le atribuye por parte de la gente de izquierda propensión a un acuerdo

o encuentro nacional. Yo no creo que la votación que obtiene Barrantes en Lima cuestione su liderazgo.

Si IU quiere dar un salto hacia adelante que signifique traspasar las fronteras de su propia organización para dirigirse a un público mayor, debe asumir con audacia, no digo funciones de gobierno, pero sí adquisición de responsabilidades, y eso tiene que ver con la demanda basada en la fuerza popular que la respalda, que es de participación y discusión de políticas de cambio que el Perú precisa.

A. Flores G.: Se estaba dando esta aproximación APRA-IU, pero pienso, como dice en una carta Carlos Franco, que era a partir de ciertos dirigentes, los dirigentes que supuestamente centralizaron a estas dos agrupaciones y sus simpatizantes. Pienso además que esta apro-

ximación era más en beneficio del APRA, y no porque el APRA esté en el poder, sino porque el estilo de esta aproximación era desde el aparato del Estado y bajo el esquema caudillista, antes que una aproximación en base a un programa, o desde la composición social de estas agrupaciones.

Además pienso que una de las garantías de la estabilidad, (puedo utilizar palabras ya un poco fuera de moda) del orden establecido en el país, se daba justamente por la confluencia APRA-IU, que pasaba por institucionalizar a la izquierda, admitirla dentro del sistema político nacional. Esto ha sido desactivado por el propio García, porque él es quien ha dejado sin juego a Alfonso Barrantes, él es quien ha contribuido significativamente a eso. No estoy pensando tanto en esta acusación un poco hueca sobre

fraude, estoy pensando en cosas como el PAIT, en la utilización de los dineros del Estado y en la relación tan estrecha entre propaganda oficial y propaganda política, la utilización de fuerzas de choque, la entrega de cheques, etc. El chantaje sobre el electorado.

Esto me parece muy peligroso porque no es sólo el caudillismo sino algo más grave: el autoritarismo. Es la suma del mesías más un aparato partidario que monopoliza el Estado y que nos hace recordar al PRI de México, pero un PRI sin revolución y desde luego sin las posibilidades del estado mexicano. Esta amenaza de que emerja aquí un PRI que se prolongue indefinidamente en el poder por uno u otro medio, es el verdadero peligro que ha surgido en estas elecciones y que ha echado al traste las posibilidades de aproximación entre las cúpulas del APRA y la IU.

Acuerdo nacional y otros dilemas

La conversación sobre los resultados electorales derivó sin sentirlo hacia un diálogo entre Alberto Flores Galindo y Sinesio López. La política, la guerra, la revolución, las posibilidades de un Acuerdo Nacional, fueron algunos de los temas tocados.

EZA: La lógica de los últimos tiempos va más allá del discurso que sigue apelando al diálogo y lleva a un crecimiento de las distancias, a ásperos choques que ya no pueden considerarse sólo anecdóticos. Pareciera ser una especie de destino inexorable de dos fuerzas que no logran encontrar los canales adecuados de relación y de confrontación (quizás ambos aspectos sean las dos caras de una misma moneda) ¿Cómo se avanza para encontrar esos canales? ¿es necesario encontrarlos?

A. Flores G.: Yo creo que hay que ofrecer un modelo alternativo de democracia. Hay cosas de la democracia liberal que debemos rescatar, por ejemplo el voto. Sí, pero otro tipo de elecciones, donde puedan expresarse cabalmente los partidos y las organizaciones populares.

No puede ser que grupos de poder económico y en algunos casos grupos familiares, monopolicen medios de comunicación tan importantes como la TV.

Habría que recoger la experiencia del primer año de reforma de la prensa, tan denigrada por la derecha y frente a la cual la izquierda ha guardado un silencio cómplice y ver cómo diseñamos medios de comunicación que, expresando a la ciudadanía, no sean monopolizados por el Estado y faciliten esta confrontación entre la sociedad política y la sociedad civil.

Para esto es necesario que la izquierda formule un proyecto propio y no se ponga como furgón de

cola en los proyectos de otros, como me parece propone Sinesio: coincidía con la necesidad de buscar un caudillo al estilo Haya. Pero yo creo que la izquierda requiere un esfuerzo de tener propuestas propias.

Quería añadir, finalmente, que un requisito de estas aproximaciones, —como Sinesio López lo recordó en una charla en la UNI hablando de Lenin y el análisis de la coyuntura— es partir de la realidad. Pero no para quedarse en la realidad. Y partir de la realidad significa considerar que puede haber un sector de la izquierda interesado en aproximarse de una u otra manera y establecer, digamos, un proyecto común con el APRA. Pero ese mismo interés no se encuentra del otro lado de la mesa.

En las posiciones de Sinesio López advierto algo que está pasando entre mucha gente de la izquierda intelectual en este país: han comenzado a pensar en función de cómo son las cosas y han abandonado el pensar cómo nos gustaría que fueran, qué alternativa podemos ofrecer, cómo hacer para que en este país ocurra una transformación radical, para construir una sociedad nueva. Es necesario que la política se reencuentre con la utopía y que deje de ser una práctica sin horizonte, solo coyuntural.

Sinesio López: En política es muy conocido que quien no tiene ninguna responsabilidad política y no maneja las cosas concretas puede manejarse con ideas muy gene-

Desde la izquierda no se trata de postular la vuelta a una política de radical oposición al gobierno al estilo de la que pudo haber hecho la izquierda con Velasco en los años 70. Creo que se trata de buscar una fórmula para realizar una oposición que no signifique distanciarse de una masa que vota por el APRA no pensando en los rasgos fascistoides que pueda tener, sino que vota por ese partido pensando que representa al cambio. Esa esperanza de las masas la izquierda no podría perderla. Una cosa es oponerse a un gobierno militar y otra oponerse a un partido que tiene la composición popular del APRA.

La izquierda tiene como desafío no sólo diseñar otro tipo de hegemonía política que no sea caudillista, sino diseñar un modelo alternativo de democracia, y por lo tanto de sociedad.

rales, muy vagas y puede darse el lujo de ponerse fuera de la situación política y a veces fuera de la historia. Pero quienes manejan la situación concreta tienen que preocuparse en cómo salir del atolladero. Me parece que sería fatal pasar del Acuerdo Nacional a la confrontación sin relación. Digamos que: ni acuerdo que desdibuje diferencias, ni confrontación que bloquee todo tipo de relación.

Creo que quizá el caso de Villa El Salvador sea una alternativa a los dos tipos de relación que me parecen erróneas entre el APRA y la izquierda. ¿En qué consiste este otro tipo de relación? Creo que, uno, en una política de movilización de masas y en una política de confrontación. Por consiguiente una política de exigencia. Y una política democrática que diseñe nuevos modelos, no solamente de organización social sino de relación con el Estado. Por consiguiente, es de lucha, de presión, pero también de gestión. Ahí hay no sólo una relación cupular de caudillos y líderes, sino movilización, lucha. Pero también hay un terreno de acuerdo en el sentido que se manejan poderes que tienen que negociar, lograr un punto de acuerdo en el cual se beneficia la población y al mismo tiempo el Estado no se enfrenta con un sector importante de la población.

La política es eso, no es solo confrontación, si se piensa la políti-

Pasa a la pág. 16

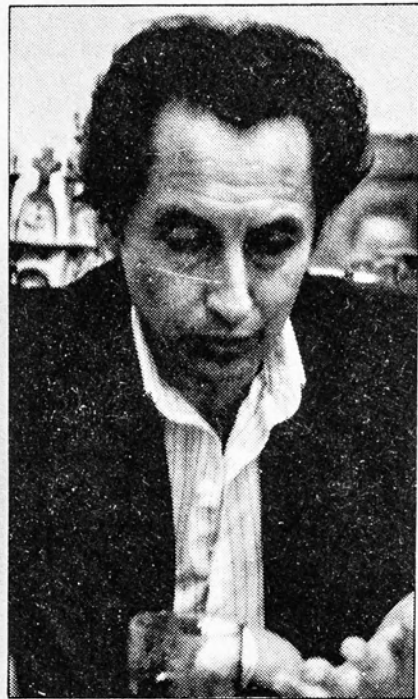
Sinesio López: Al empezar la campaña, en IU hubo un debate sobre el enemigo principal. El Comité Directivo definió que era el APRA, Barrantes dijo: es la derecha. Los resultados electorales muestran que ha habido una confrontación nacional entre el APRA y la izquierda, pero al mismo tiempo nos muestran a una derecha que está presente y que expresa, digamos, una fuerza social que políticamente está subrepresentada con respecto a lo que es su fuerza económica y sus relaciones con el imperialismo.

Yo creo que efectivamente hay una confrontación izquierda-APRA. Pero es necesario que sobre esa confrontación se establezcan ciertas líneas de relación. Eso habría que rescatar del barrantismo y el alanismo, esa voluntad de relación. Lo que efectivamente voy a cuestionar es la forma de la relación, que era demasiado en la cúpula, demasiado caudillista, sin una propuesta programática clara.

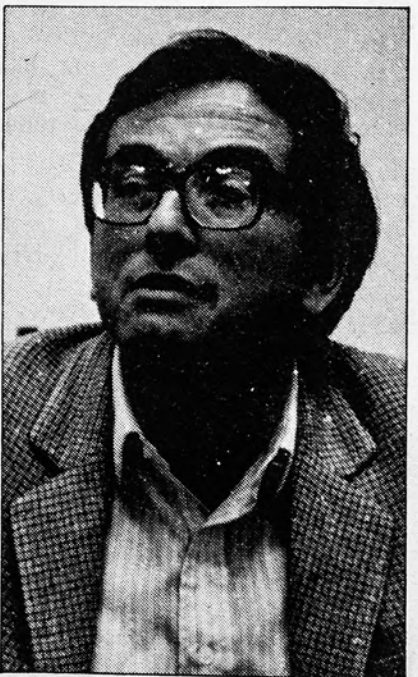
Un acuerdo nacional o una relación APRA-IU, no puede pasar sólo por una relación Alfonso-Alan García. Es necesario que se articule otras fuerzas, otros partidos y no sólo los partidos porque éstos son entidades cada vez menos representativas en periodos de crisis. Es necesario que se tomen en cuenta a otros actores sociales, al movimiento social.

En ese conjunto de fuerzas es necesario definir un esquema de relación por el cambio, contra la derecha, contra las transnacionales y que, al mismo tiempo, siendo un acuerdo democrático, supone un control del autoritarismo y del militarismo. A las FF.AA. no las podemos dejar al margen, hay que ser realistas políticamente, es necesario señalarles un espacio político nuevo dentro de otra estrategia de seguridad nacional democrática. Eso obliga a un nuevo tipo de relación entre el APRA y la IU.

Hoy se habla de proyecto nacional, que vaya más allá de los gobiernos, de los partidos, y que señale los pilares de lo que es una nación. El problema es definir esos pilares, pero eso no lo pueden definir sólo los líderes, ni sólo los partidos. Es necesario un gran debate que junte a otros sectores que son actores de fondo en la sociedad. Un acuerdo nacional para que sea viable tiene que ser un acuerdo para la transformación. Eso supone que el objetivo de ese acuerdo sea básicamente derrotar en términos políticos a la derecha y en términos económicos sociales al imperialismo.



Fotos: Miguel Alegre



ca como pura confrontación, eso no es política. Yo creo que la guerra no es la forma de hacer política por otros medios, sino más bien es el fracaso de la política.

La historia nos dice que la confrontación también se produce, pero que lo político es buscar los elementos de proyectos comunes, de una voluntad colectiva. Hacer una política nueva nos obliga a eso, una política de confrontación pero también que lo político es buscar los elementos de proyectos comunes, de una voluntad colectiva. Hacer una política de confrontación pero también de acuerdo. El caso de Villa es ese. Ahora, a esto también se vincula una cierta política del manejo de la opinión pública y el manejo de lo que son los mecanismos liberales de la democracia. No sólo una democracia en la masa, en la base. Ese tejido social nuevo que se crea, puede articularse con la dinámica de la democracia liberal, el manejo de la opinión pública. Una articulación muy difícil pero necesaria entre el manejo de la opinión pública y el movimiento de masas, nos puede dar una política nueva.

Esto nos lleva a lo que escandalizaba a Tito Flores: a la idea de un "Acuerdo Nacional". El acuerdo tiene varias dimensiones; yo señalaría tres: reglas de juego, programa, co-gobierno. Yo no estoy planteando un co-gobierno.

Pero sí es necesario establecer reglas de juego fundamentales entre los actores políticos, en que se reconozca la participación de actores decisivos, pensar que la política no es guerra y que el objetivo de la política no es sólo eliminar al adversario que, en todo caso también haya la voluntad de diferir la eliminación del adversario, que eso es también política.

Otro aspecto central es el problema nacional. Parto del siguiente supuesto: ninguna fuerza política, ni SL, ni las FF.AA., ni el APRA ni la izquierda, tienen fuerza, capacidad suficiente para manejar el país. Sino, que me lo demuestren. La viabilidad del Perú exige establecer ciertos puntos mínimos de acuerdo, y aquí entra un tema que a Tito le parece un escándalo y que Weber planteó: *no se puede hacer política sólo con los partidos.*

La ciudadanía hoy no se expresa sólo en partidos y los únicos actores políticos en el país y el mundo en general, no son sólo los partidos, y esto no es corporativismo. Hay un

movimiento social fuerte, es un interlocutor que tiene que entrar en una relación política, no se le puede desconocer, por más que haya intentos de bloquear la relación izquierda-masas y de conformar otro tipo de relación caudillista.

Creo que la única forma de hacer viable el país, de derrocar las fuerzas de la guerra es a través de un programa enorme de cambios cuyos objetivos fundamentales sean básicamente las transformaciones anti-imperialistas y por consiguiente contra las transnacionales que manejan la economía peruana, la banca, etc. y al mismo tiempo contra su expresión política que es la derecha. No para desaparecerla, pero sí para someterla y subordinarla. Estos son los lineamientos muy gruesos de un Acuerdo Nacional.

A. Flores G.: Yo quisiera hacerle dos preguntas a Sinesio. Tú has contrapuesto política-guerra. Este razonamiento está calcado del binomio oriente-occidente, tomado de Gramsci. Dejando de lado las objeciones a esa contraposición esquemática entre política-guerra, que me parece muy discutible, lo que pregunto es ¿qué relación hay entre la política, entendida por tí más como cooperación que como confrontación, y la revolución? ¿cómo con esa manera de hacer política podemos arribar algún día a la revolución? Que el Perú no sea, como diría Gramsci, un país oriental, no quiere decir que sea un país occidental, ¿no? ni que tengamos una sociedad civil tan frondosa como en España o en Italia, ni que aquí la opinión pública pese como en esos países.

Y después, tú dices que el objetivo es derrocar a las fuerzas de la guerra. Entonces, para tí el ejército es o no parte de la guerra? Eso te pregunto.

S. López: La política es básicamente cooperación y secundariamente confrontación. No está eliminada la confrontación, sobre todo en sociedades de clases donde la confrontación es lo fundamental. Pero lo que hace la política es establecer los puentes del consenso, de la voluntad colectiva. Yo creo que si la política no fuera en esencia cooperación, los partidos serían imposibles los grandes movimientos sociales también. La voluntad política es lo fundamental, pero no elimina la confrontación, ni el conflicto, ni la lucha.

La revolución supone la poten-

ciación de esos conflictos, pero dadas las peculiaridades del Perú, la forma cómo se van a presentar esos conflictos y cómo se van a resolver no es la misma de la revolución bolchevique ni de la revolución cubana y no solamente por problemas de relaciones de fuerza militar sino por problemas básicamente de composición de fuerzas policiales y políticas más complejas y de relación muy compleja entre la sociedad y el Estado. Aquí el Estado ya no es sólo la FF.AA., no tiene sólo el anclaje militar en la sociedad, tiene otros anclajes políticos, culturales, étnicos de tal manera que el asalto al poder no es que destruímos las FF.AA. y se acabó la historia. Aquí, tomar el poder del Estado exige otras cosas, formar una voluntad colectiva, conquistar las fuerzas de la sociedad y sobre esa base recién se puede avanzar sobre la conquista del Estado.

No somos Europa, pero tampoco América Central. El Perú de hoy no es el Perú de 1930 donde la política de confrontación era fundamental. El 30 no existían o recién comenzaban a aparecer los partidos, no existía o recién comenzaban a aparecer los partidos, no existía un movimiento social, no había un tiempo histórico nacional, no había una opinión pública nacional, habían opiniones públicas regionales. El Estado era básicamente la Fuerza Armada. Este país en los últimos cincuenta años ha cambiado sustancialmente. Yo creo que la revolución no ha perdido actualidad; pero es necesario replantear las estrategias de la revolución.

Ahora que la derrota de las fuerzas de la guerra supone a las FF.AA. cierto, pero eso no significa una destrucción de SL ni de las FF.AA. Significa reconocer a Sendero como fuerza política que debe respetar reglas de juego, y significa señalar un lugar a las FF.AA. dentro de una nueva estrategia democrática de seguridad nacional. Insisto en que las FF.AA. no pueden seguir manejándose como un Estado dentro de otro Estado. Es necesario imaginar una nueva ubicación de las FF.AA. en términos de cooperación económica o defensa nacional. Es necesario redefinir su ubicación dentro de un esquema político popular.

A. Flores G.: Tú crees que eso podría ser apoyado por el APRA, que no puede ni meter preso a "Camión?"

EZA: *Estamos entrando en otra discusión sobre seguridad nacional, que se aleja demasiado de nuestro tema original.*